



## VII

### Sobre las nubes

Hace ya bastantes años que durante un invierno más brumoso que de ordinario, hube de pasar parte del mes de Enero en Ginebra.

En esta época del año, triste y sombría, es cuando la Roma calvinista ostenta su carácter propio, tan distinto del que conocen los viajeros que la visitan rápidamente en el verano. ¿Qué recuerdos dejan, en efecto, estas visitas estivales? Todo se reduce al panorama del lago y las montañas, la perspectiva de los lujosos hoteles del muelle, la impresión cosmopolita de los pasajeros tomando por asalto el vapor de Lausana. El recuerdo de Calvino es poco atractivo. No suelen ser muchos los que gustan de buscar las huellas del

terrible sectario en los callejones tortuosos de la ciudad antigua ó bajo las bóvedas de San Pedro. Ginebra deja así en todos los viajeros la superficial impresión de una ciudad rica y hermosa, rodeada de un paisaje encantador.

Mas para sentir la poesía intensa, aunque fría, del antiguo centro de la Reforma, es preciso ir á Ginebra en pleno invierno, cuando el rigor de la temperatura responde á la helada austeridad del puritanismo calvinista, cuando sopla un viento más desapacible que una controversia de teólogos. Entonces el lago Lemán se cubre de niebla, como si su azul voluptuoso temiese ofender el pudor hugonote, y los árboles se desnudan hasta perder la última hoja.

Entonces es la mejor ocasión para trepar por las callejas húmedas y negras de la ciudad alta, hasta dar en alguna plazoleta solitaria, de losas desiguales y desgastadas. Sin tener una gran imaginación puede uno figurarse que va á parecer de un momento á otro el mismo Calvino, con su traje y birrete negros, su barba puntiaguda y una gran biblia bajo el brazo descarnado, murmurando alguna maldición contra los libertinos y los herejes.

En este sombrío barrio está la calle de las Granjas, la más aristocrática de Ginebra, en la que se alinean los viejos caserones habitados por los calvinistas más ricos y devotos, que pasan la vida rezando y haciendo economías.

Al volver luego á los barrios de la ciudad moderna, se encuentran muchas caras, aun en las calles ocupadas por el comercio, con la misma expresión de ruda austeridad. Las mujeres, envueltas en sus abrigos y espesos velos, parecen querer disimular su belleza como un objeto de escándalo. Ante la Bolsa, algunos señores de aire grave y reposado hablan del curso de los valores públicos. Son banqueros, ciertamente; pero cualquiera podría tomarles por doctores en teología que están discutiendo algún punto de exégesis bíblica.

Perdónenme los buenos ginebrinos si hallan un poco burlón y caricaturesco el retrato anterior. Yo nunca olvidaré el cordial recibimiento que me dispensaron cuando fuí á leerles mis poesías, ni la buena amistad que entonces trabé con algunos de ellos. ¿Quién no ama y admira la ciudad hospitalaria y estudiosa, la ciudad del saber y de la libertad, asilo tradicional de tantos proscritos?

Pero reconozcan los amables ginebrinos que el invierno es horrible en las orillas del Lemán. Nada tiene, pues, de extraño que en uno de aquellos días de Enero yo me echase á temblar, espantado y aterido de frío, al descubrir por la mañana á través de los cristales una atmósfera de desesperación y de suicidio, una niebla endiablada que penetraba por las rendijas y lo invadía todo.

De repente entró en mi cuarto el amigo, en cuya casa me hospedaba, y me dijo alegremente:

—¿Quiere V. ver el sol?

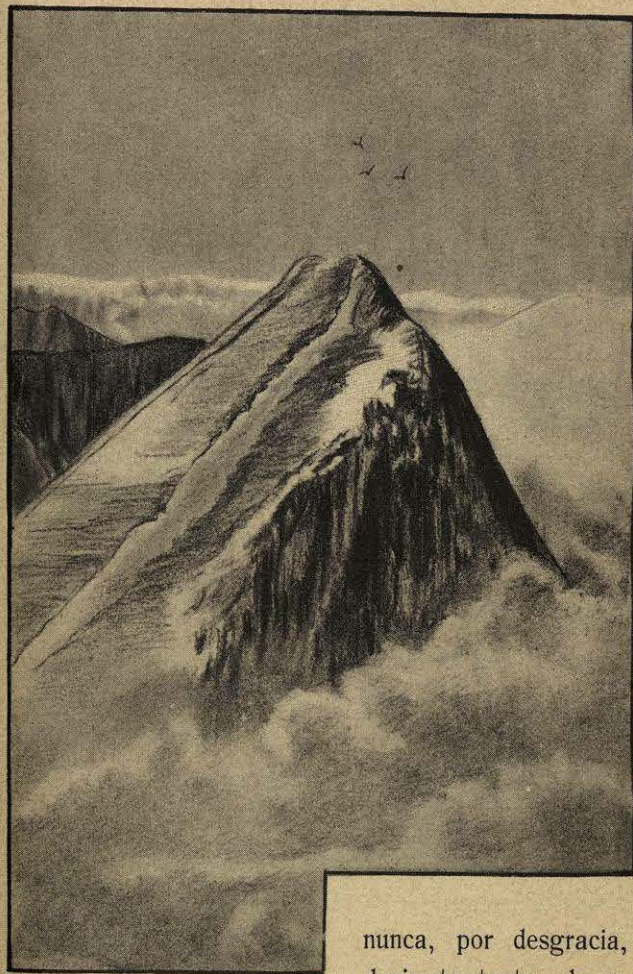
Cref de pronto que aquello era una broma de mal gusto. Mas pronto comprendí que su proposición no tenía nada de particular. Todo se reducía á tomar un coche y subir por las vertientes del Salève; siguiendo luego á pie el corto sendero que llega hasta la cumbre, dejaríamos la niebla á nuestros pies y veríamos el sol sobre un cielo más limpio y más azul que en el verano.

Seamos justos. He aquí un placer que con todos los millones del mundo nadie podría saborear en París.

Se comprende con qué alegría acepté tan seductora proposición. Media hora después nos metimos en un coche perfectamente acondicionado, quedando, empero, aislados por completo del mundo exterior por la niebla que empañaba los cristales de las portezuelas.

Fuimos un buen rato al trote, luego al paso, dándonos tan sólo cuenta de la subida por el esfuerzo de los caballos, tan perceptible desde el interior del vehículo. Cuando el nuestro se detuvo, echamos pie á tierra, envueltos todavía por las nubes

El frío arreciaba bastante y no se veía nada á diez pasos de distancia. Esto último era lo de menos, pues así como así, habíamos de mirar constantemente á nuestros pies para no chapotear en los baches, llenos de barro medio helado. A ambos lados del sendero se esfumaban los árboles vagamente. Todo parecía sumergido en una densa humareda. Aunque yo era por aquellos tiempos un intrépido andarín—ya no podré



nunca, por desgracia, decir otro tanto,—la subida me pareció fatigosa. Sudorosos y jadeantes, como verdaderos alpinistas, con nuestros bastones de herrada punta y nuestro paso largo y pausado, avanzába-

mos entre la niebla. Pronto empezó ésta á clarear y tomó un tinte rosado, como haciéndonos presentir el sol. La excursión iba á tocar á su término. Distinguíamos ya claramente la húmeda hierba de las vertientes, la rajada corteza de las encinas, vestidas de muérdago, y el obscuro y perenne verdor de los matorrales, á cada lado del camino.

Por fin surgieron ante nosotros las copas de los pinos rebasando la bruma; unos pasos más y apareció la inmensidad azul, límpida y clara.

Estábamos encima de las nubes.

Aunque viviera cien años—cosa que no deseo y que sería además absurda y escandalosa,—no olvidaría el encanto, el alborozo que me produjo aquel maravilloso espectáculo.

Nos hallábamos en lo alto de un pequeño promontorio, alrededor del cual se extendía en todos sentidos una vasta y blanquísima llanura, un mar de nubes, de donde habíamos salido, dejando en el fondo la ciudad y el lago. Del fondo de aquel mar subía ese rumor confuso que anuncia desde lejos la presencia de una gran ciudad; rumor compuesto de todos los ruidos, el rodar de coches y carros, los silbidos de los trenes, los gritos de los vendedores, los quintetos de ciegos á las puertas de los cafés, el toque de la última misa en tal ó cual parroquia mientras doblan á muerto en tal otra y dan las doce en el reloj del Ayuntamiento. Todo esto sin contar los ruidos propios de cada industria, de

cada taller, de cada fábrica, que se confunden y forman entre todos el indefinible *ruido de ciudad*. Entonces pensé en la Atlántida misteriosa y en nuestra legendaria ciudad de Is, sepultada entre las olas del golfo de Morbihán, y cuyas campanas—las campanas de sus cien catedrales—creen oír nuestros marineros en los días de temporal.

Ante nosotros, formando la orilla opuesta del lago de plata, se levantaba la cadena de montañas del Jura, cubiertas de nieve. A cada instante salía del nublado una gaviota del Lemán, volaba algunos minutos pausadamente y volvía á sumergirse en la niebla con un grito agudo. Nada más fantástico que aquel mar de nubes argentinas, en el que entraban y de donde salían los pájaros continuamente. Y sobre todo, aquel sol de invierno, tibio y claro, que coloreaba de un tenue matiz violado las lejanas cumbres y hacía relucir á nuestras plantas las hojas húmedas, salpicadas de gotas brillantes.

¡Cómo olvidar jamás mi dulce emoción, mi profundo entusiasmo, cuando después de atravesar la niebla inferior, sucia y oscura, descubrí aquel maravilloso panorama, pródigo de esplendor y de pureza!

.....

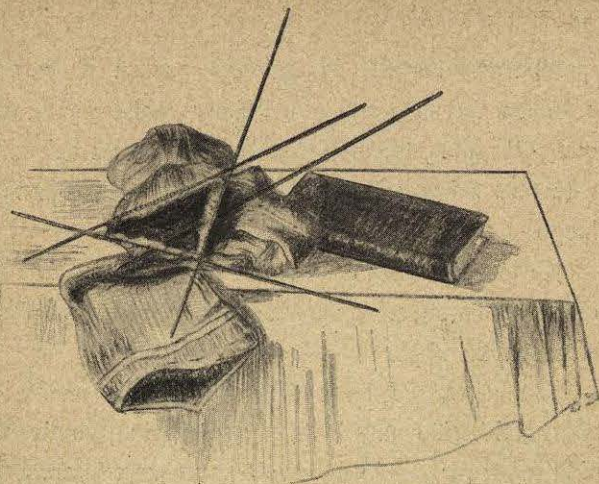
¿Por qué será que el lejano recuerdo de aquel día se presenta hoy á mi memoria con rara persistencia?

¡Ay! Es que mi pobre cuerpo ha padecido cruelmente y padece todavía. Es que he entrado en el in-

vierno de la vida, en la vejez con todos sus achaques. No ha mucho que mi decaimiento me desesperaba y cubría mi espíritu de nubes tenebrosas. Por fortuna una mano paternal y amiga tomó la mía y me condujo, con bondadosa y firme autoridad, hacia la luz eterna. ¡Qué alegría la de haber encontrado de nuevo en el fondo de mi sér un poco de mi alma y algunos restos de mi fe infantil! ¡Qué dulce es ser humilde, confiado y obediente! Apenas he subido la primera pendiente y ya veo disiparse la niebla del orgullo y de la impureza, que obscurecía mi camino.

¡Adelante, alma mía, siempre á lo alto, siempre hacia el cielo!

¡Oh! ¡qué dulce recuerdo el de aquella ascensión sobre las nubes! Y no obstante, ¡cómo palidece ante la ascensión de mi alma sobre las nubes del error y del pecado! En la montaña subía hacia la luz del sol; hoy me elevo hacia una claridad infinitamente más deslumbradora, pues, según la bella expresión de Miguel Angel, el sol no es más que la sombra de Dios.



## VIII

## Recuerdo filial

Ayer, tratando de ordenar un poco mi revuelta librería, me encontré el libro con que mi madre me enseñó á leer. Es una *Vida de San Luis*, impresa á principios de siglo y toscamente encuadernada en piel, y mi madre la había ganado como premio en la escuela; de modo que este viejo testigo de mi infancia lo fué también de la suya.

Al recorrer sus hojas amarillentas recordé mis primeros ejercicios de lectura, y la penosa lentitud con